



SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
Unión postal	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
Unión postal	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



Reproducción del cartel-anuncio de «El Péle-Mêle»

EL CONEJO. — ¿Se ríe el perro? ¡Pues ya está desarmado!

UNA AVENTURA EN LAS CIMAS

Aquel paisaje de Auvernia era árido y desierto. Ante mí alzaba la montaña sus flancos desolados y abruptos, no poetizados por el relieve de habitación alguna. Ni un sendero rayaba la epidermis del gigante de granito. Raras y desperdigadas manchas de hierbas, algunos tallares espinosos, de matiz más oscuro, interrumpían á trechos la monotonía de su masa grisácea.

A veces me hallaba con un grupo de peñascos, en medio de los cuales el ruido de mis pasos despertaba ecos sonoros, como si los gigantes pétreos se interrogasen unos á otros, sorprendidos de la presencia de un intruso en sus soledades. Luego volvía á reinar el mismo grande y majestuoso silencio.



A medida que ascendía, dilatábanse mis pulmones aspirando el aire fresco y puro de las cumbres. A mis pies, las colinas y depresiones del terreno parecían montoncitos de tierra apisonada, extendiéndose por la dilatada llanura. El mundo se apartaba, el bullicio del hondo valle no repercutía en la cima aguda del monte, cuyo contorno colosal, engrandeciéndose más cada vez, parecía aislarse soberbiamente.

Mi admiración no tuvo límites, apenas alcancé la cúspide, en un paraje donde creía hallarme completamente solo, al divisar un hombre sentado sobre una roca, con la cabeza entre las manos, absorto al parecer en la contemplación del vasto panorama. Casi me incomodó su presencia, que me volvía á la realidad de un mundo en el cual no pensaba en medio del extraño y sereno encanto que se respiraba en aquel lugar agreste.

Levantóse el desconocido, fijó en mí los ojos, y acercándoseme de pronto:

— ¡Qué sublime! — exclamó extendiendo un brazo, como si quisiera abarcar el horizonte.

Y, sin aguardar mi respuesta, continuó: — Me entusiasman esos abismos sin fondo, esas laderas escarpadas, esos monstruosos peñascos, arrojados unos sobre otros en potente desorden, que ninguna mano humana sería capaz de modificar. Apetresco los accesos difíciles que asustan á los timoratos, me familiarizo con el vértigo que volteja en torno de los senderos á orillas de los precipicios, y contemplo sin miedo sus vacíos insondables. ¡Oh sublimes cumbres, donde el hombre contéplase pequeño y se eleva su espíritu, donde se olvidan los rencores, los odios, las miserias, donde no es posible siquiera atreverse á hablar de luchas mezquinas, de pasiones aviesas, ante esas masas enormes, resque-

brajadas, que se abren como prorrumpiendo en silenciosa é irónica risa!

— ¿Es usted poeta? — le dije.

Sin responderme, prosiguió:

— Y, no obstante, ¿quién diría que este lugar tan desierto reúne en este momento mayor número de seres humanos del que nunca ha visto? ¿Divisa usted, allá abajo, aquellas minúsculas siluetas que suben por los flancos de la montaña?

En efecto, á nuestros pies, tres hombres que se percibían reducidos á ínfimas proporciones, escalaban la escarpada pendiente, como siguiendo una pista cuyos indicios buscaban entre singulares idas y venidas.

El desconocido se había callado, concentrando toda su atención en los tres lejanos seres, cuya marcha ascendente no perdía de vista.

Después de prolongado silencio, reanudó su discurso, como hablando consigo mismo:

— ¡Cuán pequeños parecen! Así, desde lo alto de nuestro orgullo, consideramos á nuestros semejantes.

Callóse de nuevo, y de pronto:

— ¡Caballero! — exclamó, cogiéndome del brazo, — esos tres seres humanos, amigos de usted tal vez, es seguro que van á pasar por esa especie de cornisa que tienen ante sí. ¿Ve usted?... el primero ha puesto ya el pie sobre el paso fatal... Están perdidos... lo sé perfectamente; la cornisa, minada por debajo á consecuencia de las lluvias, cederá bajo su peso y los precipitará al abismo.

— ¡Cielos! — exclamé espantado; — ¡Es preciso advertirles el peligro!

— Es inútil — replicó mi interlocutor, sonriendo sarcásticamente; — no está en lo posible acudir en auxilio suyo. No le advertirían á usted, y están demasiado lejos para que un acento humano, desde las alturas en que nos encontramos, pueda llegar hasta ellos. Convencido como está usted de su impotencia, no le queda más recurso que gritarles mentalmente las advertencias que por medios físicos no pueden percibir; se ve usted obligado á buscar instintivamente el medio de transmitirles su pensamiento, concentrando toda la voluntad en el propósito de salvarles. Pero ellos, inconscientes del peligro, insensibles á la fuerza oculta de la esperanza que á usted le anima, continúan caminando á su pérdida... ¡Pero no!... ¡qué ve!... retroceden... ¡habrán experimentado acaso la misteriosa influencia que usted les enviaba?

Los tres hombres, en efecto, habían de pronto modificado la dirección de su marcha, y acababan de desaparecer tras de un enorme peñasco que los ocultaba á nuestra vista.

Mi compañero prosiguió:

— Pues bien, caballero, nuestros amigos, nuestros difuntos padres, ven del mismo modo nuestro porvenir, las faltas que cometemos y los peligros á que nos conducen. Invisible, impalpable, su espíritu nos rodea, tratando de impresionarnos, señalándonos los peligros. Pero nuestro ser grosero no percibe su influencia. Únicamente en ciertos estados nerviosos, durante los cuales la agudeza de los sentidos alcanza extraordinaria intensidad, tenemos la visión fugitiva de sus advertencias. A esto llamamos «presentimientos».

— ¿Es usted espiritista? — pregunté.

— Caballero — repuso el desconocido, sin

atender á mi interrogación, — ¿le gustaría estar dotado de la admirable facultad de comprender el lenguaje de los espíritus inmortales que anhelan comunicarse con nosotros?

— Indudablemente — contesté riendo, en la creencia de que el desconocido se burlaba. Pero aquel extraño interlocutor repuso, con seriedad imperturbable:

— Esta facultad, yo puedo dársela á usted... ¡Ah! pero no será sin sacrificio por su parte... sacrificio, por lo demás, muy leve para lograr un don tan precioso... Déjeme que primero le explique esto, y comprenderá usted la necesidad de someterse á mi operación. ¿Por qué nuestros presentimientos se presentan casi siempre bajo forma de ensueños? Porque en nuestro estado de sueño, los sentidos reposan... no distraen de nuestro espíritu la parte de atención, de trabajo que se ve forzado á concederles en estado de vigilia. ¡Ah, ah, ah! Aquí está el secreto.

El desconocido lanzó extrañas carcajadas.

Invadíome una vaga aprensión. Poco á poco, habíase modificado la actitud de aquel hombre singular. Parecía agitado, sí, agitado... febril más bien... y creciente exasperación animaba sus gestos.

¿Qué quería significar con su operación? ¿Trataríase, por ventura, de un magnetizador que desearía ejercer en mí la influencia de su fluido?

Esto me pareció lo más probable, al ver sus ojos dilatados fijarse en mí fulgurantes, y ya no lo puse en duda, cuando le vi registrar su bolsillo, del que sacó un largo alfiler de sombrero de señora.

— ¡Mire usted! — dijo; — ¡mire!

— Sí... sí — contesté retrocediendo... ya sé... se mira la punta del alfiler... conozco esto... y se duerme uno. Pero no crea usted que tenga yo intención de prestarme á semejante experimento, y...

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! — gritó aquel insensato, — ¡Dormirse!... ¡cree que voy á dormirle! ¡No es esto, caballero! ¡Adormecer los sentidos!... ¡Bah! ¡lo que conviene es suprimirlos, librar al alma de su servidumbre y ponerla en comunicación con los espíritus inmortales!...



Retrocedí espantado ante a aquel loco cuyo acceso — claramente lo veía — estaba alcanzando su período álgido. Pero él avanzaba siempre, blandiendo con actitud trágica su alfiler. Pintábase en su rostro espantosa ferocidad, sus ojos estaban inyectados de sangre, rechinaban horrorosamente sus dientes... Me juzgué perdido.

De pronto, saltó hacia mí como un tigre, y derribóme tras un abrazo formidable.

En vano intenté desasirme. Acurrucado sobre mí, sujetándome, con férrea mano, levantaba con la otra el agudo punzón.

Cerré los ojos...

Súbitamente oí clamores, pasos precipitados... luego una violenta sacudida. Me había librado del peso que me oprimía.

Me levanté completamente aturdido.

A pocos pasos de mí, el loco se revolvía bajo los esfuerzos de tres hombres ocupados en atarle. Pronto lo estuvo. Y se lo llevaron casi á rastras.

—De buena ha escapado usted — me dijo uno de ellos; — es un loco furioso. Desde la madrugada andábamos buscándole.



Advertí entonces que los tres llevaban el mismo uniforme gris de guardianes. Pronto desaparecieron de mi vista.

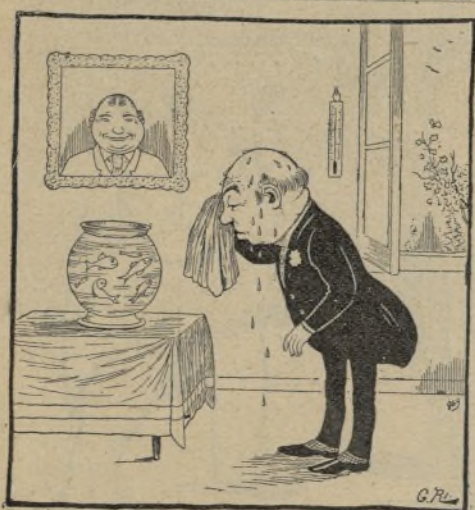
Largo tiempo permanecí en el mismo sitio, bajo el peso de la emoción en que me había sumido aquella extraordinaria aventura en un sitio donde creí encontrar la soledad y el olvido.

A lo lejos, á mis pies, descendiendo la pendiente del monte, alejándose un grupo extraño, en medio del cual se agitaba una silueta gesticulante.

No sé el tiempo que tardaron, pero sí les contemplé como llegaban al lugar donde por vez primera los había dividido... y se dirigieron hacia la cornisa que, según aseguré el loco, estaba minada...

Repentinamente ¡cosa extraña!... un singular movimiento de báscula les agitó y oscilaron... Luego, en un segundo, desaparecieron en el vacío, entre una avalancha de tierra, de guijarros, de polvo... Y desde el fondo del abismo, pareció remontar hasta mí una fantástica y misteriosa carcajada.

ESTEBAN JOLICLER.



—¡Ah! ¡cuán felices son los peces! ¡Para ellos no se inventó el sudar en verano!

Consulta médica:

—Siente usted dolores en alguna parte?

—No, señor.

—¿Come usted bien?

—Muy bien.

—¿Duerme usted?

—Perfectamente.

El doctor coge la pluma y escribe una receta.

—Tome usted — dice — una cucharadita cada media hora, y todo eso desaparecerá.

—oo—

Luis XVI paseaba con un noble de su corte; se paró de pronto y le dijo:

—¿Sabes el español?

—No, señor.

—Peor para ti.

Y le dejó plantado.

—¡Peor para mí! — pensó el noble; — esto es que me pierdo algo bueno:

Se puso á aprender el español, y á los seis meses de estudio constante, pidió audiencia al rey.

—¿Qué me quieres?

—Señor, sé el español de un modo perfecto.

—Pues lee el *Quijote*. ¡Verás qué libro tan hermoso!

—oo—

En el teatro:

Una señora, elegantemente vestida, dice á una amiga:

—Esta noche no hay en el teatro genta conocida.

—Te equivocas, mamá — exclama una chicuela que acompaña á dicha señora; — ahí está el escribano que te embargó los muebles el otro día.

—oo—

Era tan propenso á la cólera el sofista Antíoco, y tan poco dueño de sí mismo, que se abstenía de subir á la tribuna de las arengas, y de tomar parte en los asuntos del gobierno. Y como un día le echasen en cara su timidez, replicó:

—No es al pueblo á quien temo, sino á mí propio.

—oo—

Hácesme preguntas muchas;

Poco te respondo á todas,

Y no es porque sean tantas,

Sino que es porque son tontas.

F. de la Torre.

—oo—

Una patrona volvía del juzgado, donde había citado á juicio á uno de sus huéspedes que no le pagaba. En la calle de la Montera se encontró á un amigo.

—¿Cómo ha salido hoy tan temprano, doña Gertrudis?

—Porque he tenido juicio.

—Pues es el primer día que le tiene usted.

—oo—

Una señora que se pasa la vida riñendo con su esposo, si bien uno y otro se muestran entre sí muy cariñosos delante de gente, decía días pasados á una amiga:

—Mi marido y yo queremos retratarnos juntos; pero no sabemos á qué pintor encargar el cuadro. ¿Qué artista crees tú que sería bueno?

—Un pintor de batallas — contestó la amiga.

—oo—

Pocos meses antes de morir, Enrique Heine hizo su testamento dejando por heredero de todos sus bienes al hombre que se casase con su mujer al año de enviudar.

—¡Vaya un testamento singular! — dijo el notario que daba fe de él; — ¿qué motivo tiene usted para hacerlo de ese modo?

—Quiero que haya siquiera un hombre que sienta mi muerte — contestó el gran satírico alemán.



PRÓSPERO. — ¡Hombre, hombre! ¡Tres meses sin verte! ¿qué te has hecho? Ven, vamos á tomar un aperitivo, y me contarás...

CIRIACO. — ¡Ah! no; gracias. Acabo de salir á tomar el aire en este momento... y no quiero encerrarme. Además, no me conviene eso de los aperitivos. Por haber querido tomar uno con pocas precauciones, me he pasado tres meses sin que me diese el sol.

PRÓSPERO. — ???



Cómo tomó Ciriaco el aperitivo...



...Y cómo se pasó tres meses sin que le diese el sol...



EL HUÉSPED. — ¿Tendré hoy servilleta limpia?
LA PATRONA. — Según y cómo. ¡Esto depende del tiempo que piense usted permanecer aquí!

El paleta y el mantecado de vainilla



LAMPARÓN (que sintiendo gazuza, acaba de penetrar equivocadamente en una horchatería de moda). — ¡A ver si me trae usted también una de esas pellas de manteca!; pero añada usted un buen zoquete de pan y un trozo de carne asada.

La molestia



— Vecino; ¿recuerda usted si le he devuelto ya el cubo?
— No, señor; no me lo ha devuelto usted todavía.
— ¡Qué fastidio! ¡Yo que venía á que me lo prestase usted...! ¡Esto sí que ha sido molestarme inútilmente!

La flema yanqui, ó un nuevo trust

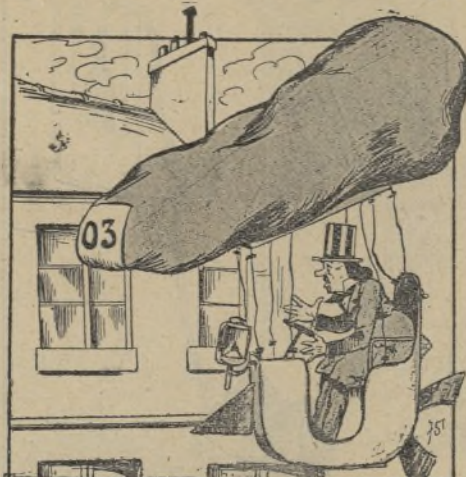


— ¡Eh, inglish! ¿Me ha tomado usted por cabeza de turco?
— ¿Cuánto querer osté por su cabeza? Yo negociar ahora el trust de las bolas de billar.

El gran «chic» en el año 2,000



El profesor Bravo, regresando de su cátedra de Física, viaja en su globo dirigible, aparato que le lleva por los aires cincuenta años ha. No obstante, el sabio catedrático, lo mismo que todo el mundo, no hace más que lamentarse de los deplorables medios de locomoción usados en su siglo.



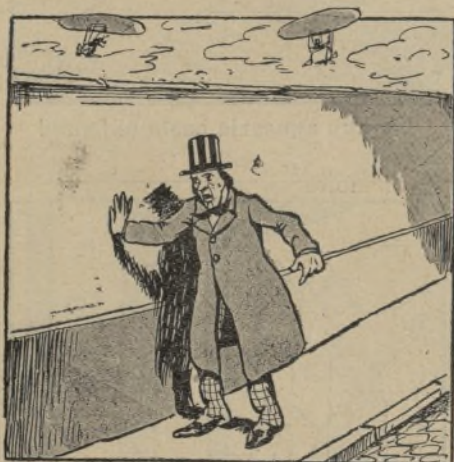
— No puede darse nada más estúpido que esta navegación aérea; no transcurre día sin accidente... ¿Cuándo se inventará un sistema menos peligroso?

Sumido en tales reflexiones, el profesor Bravo no advirtió que el aerostato tenía un escape, y que deshinchándose poco á poco, descendía gradualmente.

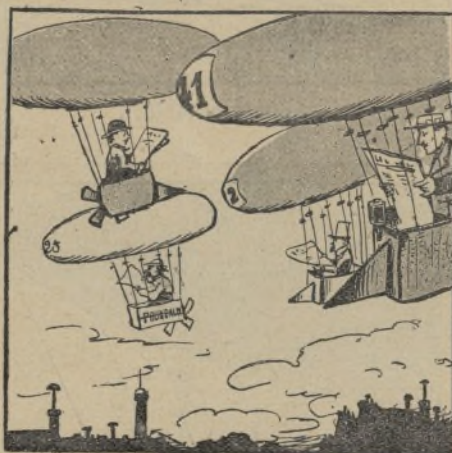


Así, al encontrarse por fin en tierra, cosa que no acontecía jamás, el profesor quedóse perplejo.

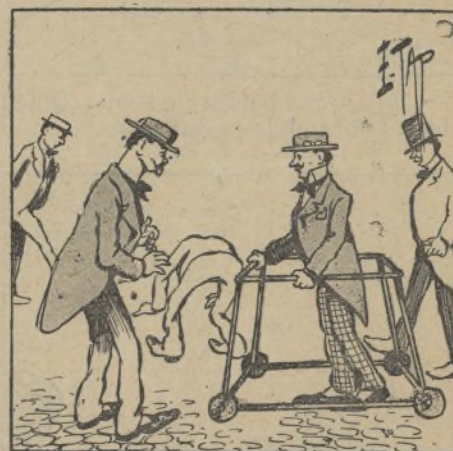
— ¿Cómo me las arreglo yo ahora para entrar en casa? Por el momento, mi globo está inservible...



Al buen catedrático le sería casi imposible explicar el fenómeno que en él se produjo: fué el caso que, maquinalmente, se arrastró apoyándose en las paredes para no besar el santo suelo, y que por fin, tambaleándose como un borracho, consiguió llegar á su casa.



Naturalmente, como se comprenderá, su primer cuidado fué redactar una memoria narrando aquel sorprendente fenómeno, y dió lectura de ella en la clase del siguiente día. Y de tal manera diéronse los periódicos á comentar la aventura...



...que, enterándose todo el mundo, acudióles á muchas personas la idea de probar aquel nuevo sport, el cual encontraron en extremo difícil, pero divertidísimo. Y pronto, la última moda, el grande, el supremo «chic», fué pasearse por la ciudad á pie.

Un estudiante que no tenía un céntimo y necesitaba pasar un río, dijo al barquero:

—Buen hombre, necesito pasar el río y no tengo dinero; pero si me pasa usted al otro lado, le daré un consejo.

—¿Y crees tú que yo mantengo á mis hijos con consejos?

—Es que los míos le pueden valer dinero hoy mismo.

—¿Mucho?

—¿Quién sabe?

—Entra, entra—dijo el barquero—y sea lo que Dios quiera.

Cuando el estudiante se vió en la orilla opuesta, dijo:

—El consejo que tengo que darle, buen hombre, es que si quiere comer del trabajo no pase á nadie gratis como acaba de hacerlo conmigo.

—oo—

A gran pidierte, gran despidiente.

Voluble naturaleza
A Gil unas barbas dió
Que de canas las cubrió,
Sin ninguna en la cabeza.

A cosa tan desusada
Dijo con gracia un taimado:
—No hay duda: ese hombre ha usado
Más que el seso, la quijada.

A. de Gironella.

—oo—

Dos amigos discuten acerca del verdadero significado de las palabras *desgracia* y *accidente*. Un tercero interrumpe á los que disputan, y les dice:

—Voy á presentaros un ejemplo que determina de un modo exacto la diferencia de una y otra palabra. Suponed que vais á bordo de un buque, y que vuestra suegra cae al mar; será un *accidente*. Suponed luego que un marinero se arroja al agua y salva á la víctima; esa es una *desgracia*.

Ignorando un aldeano la suerte de sus tres hijos, que habían abandonado la casa paterna en busca de fortuna, fué á consultar con un adivino, que después de hacer las obligadas evocaciones, le dijo:

—El mayor sentó plaza y ha llegado ya á capitán; el pequeño entró de lacayo en casa de un hacendista, y hoy día hace ya buenos negocios por su cuenta. El mediano ha sido el más desgraciado, porque le ahorcaron hace unos meses.

—¡Alabado sea Dios!—respondió el aldeano.—¡Puedo morirme con el consuelo de que están los tres bien colocados!

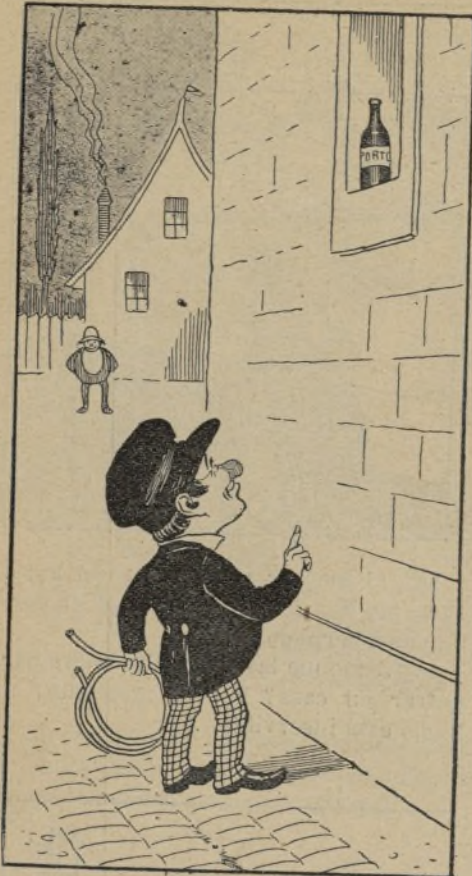
—oo—

En la estación del ferrocarril:

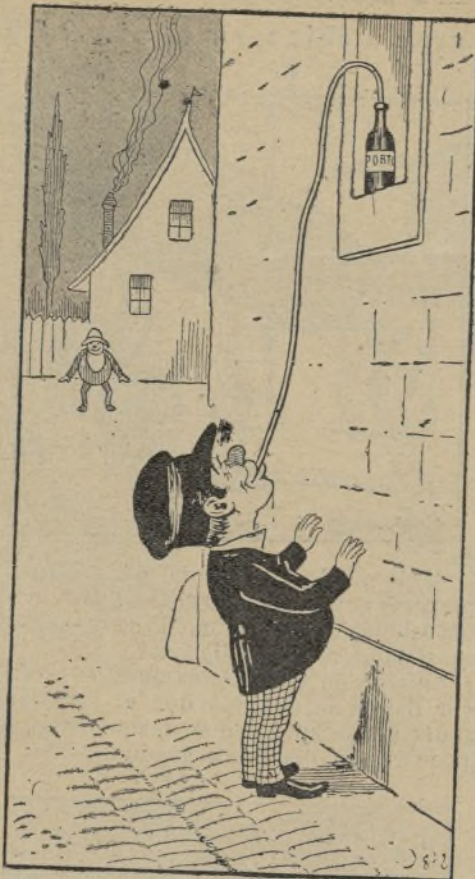
—Mozo, ¿á que hora sale el tren de las siete y media?

—A las ocho menos treinta.

—¡Pero, hombre, todos los días están ustedes variando las horas!



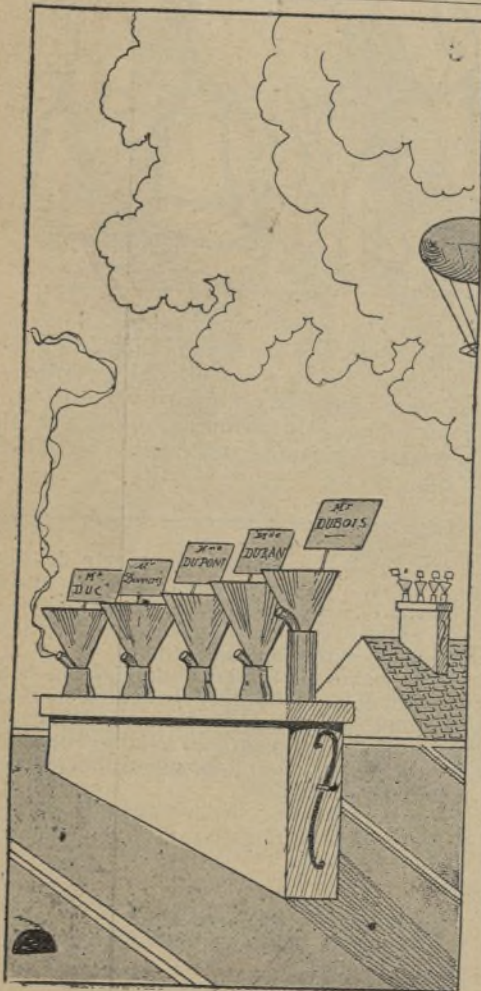
— ¡Holal ¡una botella de Portol ¡Quién sabe si aplicándole mi cañería...



... podría catarla...



...y aun apurarla hasta el fondo!



¡Cómo recibiremos nuestro periódico dentro de cinco años!



—Acabe usted de peinarme, que tengo prisa; otro día se dedicará «á la caza».

En unos exámenes de Geografía:

- ¿Dónde está Europa?
- Donde siempre.
- ¿Cuál es el Estado más grande de Europa?
- El mayor.
- ¿Y el río más caudaloso?
- El que lleva más agua.
- Aprobado.

—oo—
Demanda de matrimonio:

- ¿Conque me pide usted la mano de mi hija?
- Sí, señor; formalmente.
- ¿Pero tiene usted una posición ó alguna esperanza?...
- Sí, señor; espero heredarle á usted cuando se muera.

Una vieja se moría,
Y el marido, de ayes harto,
Entrar á verla en el cuarto
A viva fuerza quería.
Y viéndose detener
Por amigos, clama al cielo:
—¡Dejad, que siempre es consuelo
Ver morir á su mujer!

R. J. de Crespo.

—oo—
Entre cesantes:

- He servido al Estado veintidós años—
decía uno.
- ¿Y ha cobrado usted todo ese tiempo?
- Sí, señor.
- Pues entonces, usted dispense; pero el Estado es el que le ha servido á usted.

Un sastre, que se moría de tercianas, no cesaba de exclamar tiritando:

- ¡Qué frío!... ¡qué frío!...
- Amostazada una modista que le oía, le dijo:
- ¡Con tantas varas de paño hurtadas como tiene usted sobre su alma, se queja usted de frío todavía! ¡Pues qué será de la infeliz que no ha sisado más que percalina!

—oo—
Un enfermo, privado por completo de la vista, se decide á consultar con un práctico en la materia.

- Al empezar la consulta, le pregunta el oculista:
- ¿Tiene usted confianza en mí?
- Sí, señor; una confianza ciega.

—Ha dado en decir la gente
Que con la bella Leonor
Casa vuestro hijo menor;
¿Es verdad?—Es evidente.
—Pues le falta todavía
Algún juicio.—¡Voto á tal!
Si le tuviera cabal,
¿Pensáis que se casaría?

En un pueblo hay dos peluqueros que trabajan en competencia.

Uno de ellos, para atraerse parroquianos, se ha cortado el pelo á la moda. El otro, en cambio, lleva el suyo sumamente largo y descuidado.

Cierto día preguntó á éste un vecino del pueblo:

—¿Cómo lleva usted el pelo de ese modo?

—Porque no puedo cortármelo yo... y como mi compañero es tan torpe...

—¡Ah! ¿Y usted se lo corta á él?

—Naturalmente.

Se presentó á un famoso médico un anciano achacoso y ricachón, y después de los mil cumplimientos de costumbre, entabló entre los dos el siguiente diálogo:

—Yo, amigo doctor, no duermo hace siete meses.

—¿Cáspita! ¿Y en qué invierte usted la noche?

—En calcular cuántas horas faltan para que amanezca.

—Pues eso no puede continuar así; es preciso que usted duerma. Haga mucho ejercicio por el día y el cansancio le hará dormir de noche.

—Todos los días voy y vuelvo á pie de una dehesa que tengo distante de este pueblo unas cuatro leguas.

—¡Diantre! ¿Y no consigue dormir?

—Jamás.

—Pues tome todas las noches un granito de opio.

—He tomado hasta diez, y estoy hecho un musulmán: me hace el mismo efecto que el tabaco.

—¡Demonio! Pues tome usted grano y medio de morfina.

—He tomado dos granos diarios por espacio de tres meses.

—Pues siente usted plaza de sereno: es el único recurso.

Un doctor no pudo hacer
Sanar la cojera á Juana;
Y ella, de misa al volver,
Halló un toro, echó á correr
Y subióse á una ventana.

Bajó, pasado el terror,
Libre del físico mal
Y del insano dolor;
De suerte, que el animal
Fué más hábil que el doctor.

Plácido.

—¿A qué precio vende usted la leche?

—A veinte céntimos el cuartillo.

—¡Ha de ser leche pura!

—Entonces á veinticinco céntimos.

—¡Es para un enfermo!

—Así, vale á treinta.

—¡Está bien! mañana mandaré al criado y ordeñará usted la vaca en su presencia.

—Así, vale á cuarenta.

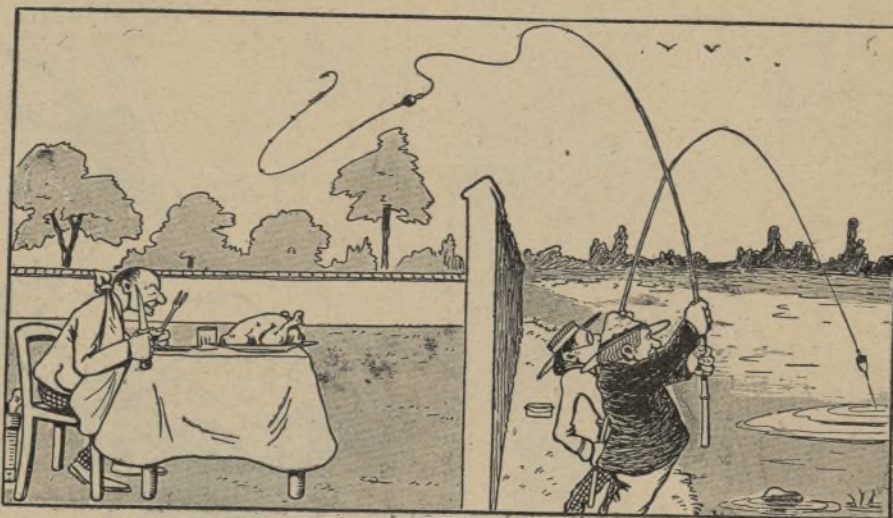
Un orador muy mediano, así que hubo concluido una defensa, preguntó á Cátulo:

—¿Qué tal? ¿No es cierto que he conseguido excitar la compasión?

—Maravillosamente—respondió Cátulo;—no ha habido nadie que no se haya comprometido de tu discurso.

Quien bien baila, de boda en boda se anda.

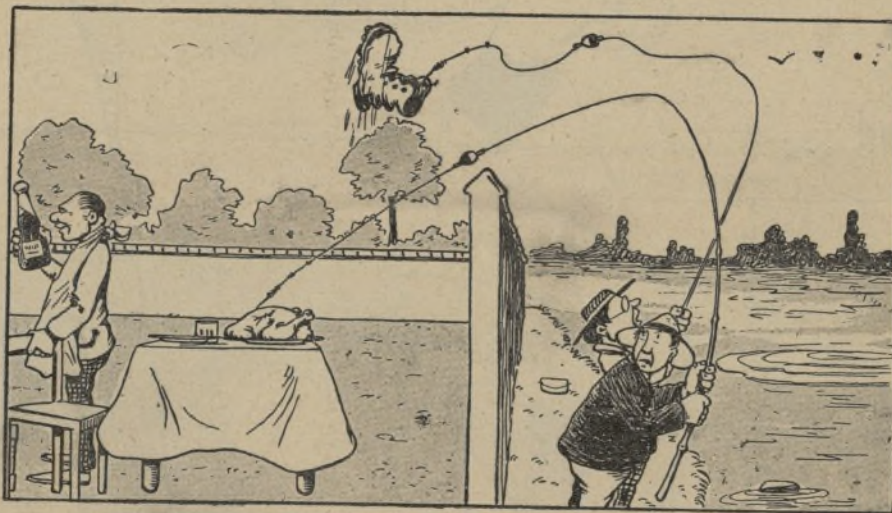
Original pesquería



—¡Soberbio pollo! ¡cómo voy á almorzármelo! Destapemos primero, para no estorbarnos después, una excelente botella de añejo Burdeos.

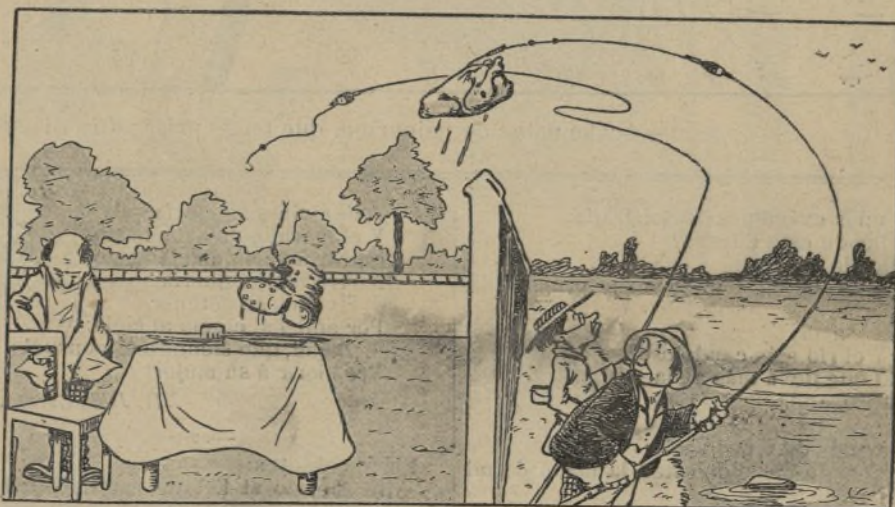
—Ahora sí; ¡me parece que ha mordido el anzuelo un pez gordo!

—¡Qué suerte tiene usted! ¡Yo no espero pescar nada!



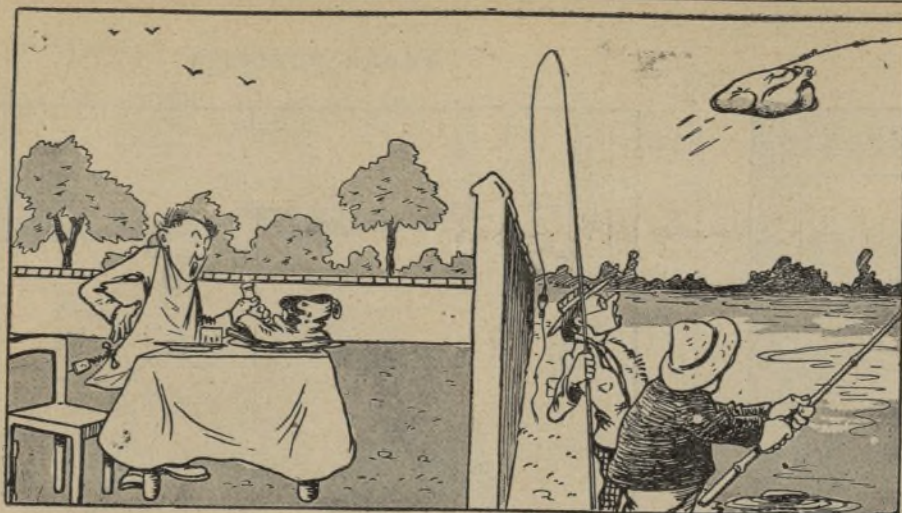
—Me zamparé éste. ¡Qué precioso color granate!

—¡Maldita suerte! ¡Es una bota vieja! —¡Adiós! ¿dónde habré enganchado el anzuelo? ¡Pues yo tiro fuerte... ya veremos si se rompe algo!...



—¡Voto al chápíro! ¡Me ha roto la caña esa maldita bota!

—¡Pero, señor! ¿qué es esto que me llevó?



— ¡Oh!!!

— ¿En qué aguas ha pescado usted este pez?

— A fe mía, no sé lo que sucede; hoy pesco en los aires.

— No está mal: ¿le parece á usted que demos cuenta y razón de este bípodo en nuestros estómagos?

— ¡De mil amores!



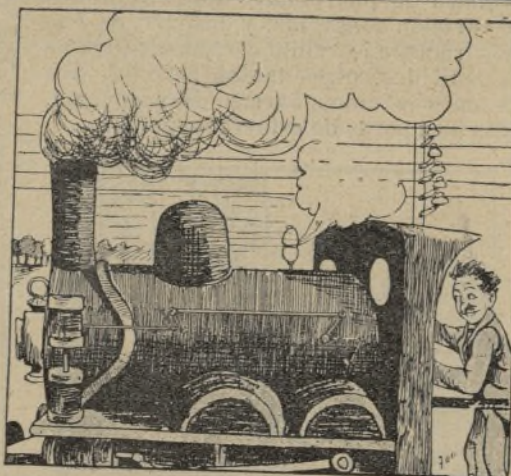
EL PESCADOR. — ¡Maldición! ¡se me ha roto la caña!... ¿Y el pollo?... ¿á dónde va el pollo?

LOS BATELEROS (á coro). — ¡Sublime! ¡piramidal! ¡Un pollo asado volando! ¡Muchas gracias! ¡A su salud!



— ¡Vamos, ¿ya cogiste otra vez la turca? ¿A qué sorbes tanto alcohol?

— Verá usted: yo me paso la vida en un sorbo continuo: cuando estoy en tierra, sorbo aguardiente, y...



cuando guío la máquina... sorbo el viento!

Un individuo demandó ante el Juzgado á un comerciante porque le había insultado.

— ¡Vamos á ver, ¿en qué forma ha insultado el señor á usted?

— Diciéndome que soy más feo, que una letra á la vista.

—oo—

Una mujer de mucho genio, mató á fuerza de disgustos á cuatro maridos, y se volvió á casar.

— Petra, ¿cuántos maridos lleva ya?—le preguntó uno.

— Este es el quinto.

— Pues, hija, el «quinto, no matarás».

—oo—

Se casó una mujer muy fea, pero muy rica.

— A ésta—dijo un chusco—la tomaron por el peso, sin reparar en la hechura.

—oo—

En un corro:

— He visto dar un puntapié á un alto personaje—dice uno.

— Pues yo he visto—replica un andaluz—dar á un personaje un alto puntapié.

— ¿Cómo?

— En la cara.

—oo—

En una tienda:

— ¿Le he dado á usted—pregunta un comprador—una moneda de oro de cuatro duros en lugar de una peseta?

— No, señor—dice el tendero sin vacilar.

— El caso es, que tenía una moneda falsa de cuatro duros y no la encuentro en el bolsillo.

— Espere usted un momento—agrega el tendero precipitadamente;—voy á ver si está en el cajón.

—oo—

Cascando un piñón don Justo,
Avaro sobresaliente
Sintió romperse un diente,
Y se llevó mucho susto.

Pero pronto se rehizo
Y exclamó muy placentero:

— Este no cuesta dinero;

¡Me temí que era el postizo!

—oo—

Encuétranse dos amigos:

— ¡Adiós, hombre! ¿Qué es de ti? ¿A qué te dedicas?

— Pues, hijo... á vender muebles.

— Y ¿qué tal? ¿vendes muchos?

— Por ahora... nada más que los míos.

—oo—

— ¿Sabe usted que no encuentro sombrero para mí en ninguna sombrerería?

— ¿Tan grande tiene usted la cabeza?

— No, señor; no es esto; mi cabeza es como las demás; pero yo quería un sombrero fiado.

—oo—

Carlitos era muy bonito y Pepe era muy feo. Y la mamá le dijo un día á Pepe:

— Quiero hacerte retratar.

— Está bien, mamá—contestó el niño—pero haga usted de modo que me parezca á Carlitos.

—oo—

A una señora joven, que ha enviudado hace algún tiempo, le pregunta uno de sus amigos:

— ¿Pero piensa usted permanecer siempre viuda?

— Siempre no; pienso serlo de cuando en cuando.

—oo—

Afirma un médico que ha hecho una curación magnífica devolviendo el oído á un sordomudo.

— ¿Y qué impresión le causó al paciente?

— Le impresionó de tal modo el ruido, que volvió á quedarse sordo inmediatamente.

Cambio de tiempo



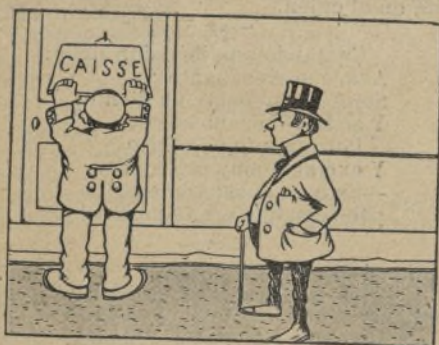
EL METEORÓLOGO. — ¡Diablo! ¡cómo me recrudece el dolor reumático! ¡Si tendrá que cambiar el tiempo!

Buena puntería



EL CONEJO. — ¡Miren el goloso! ¡cómo se ha quedado con toda mi parte!

La artimaña de don Sempronio



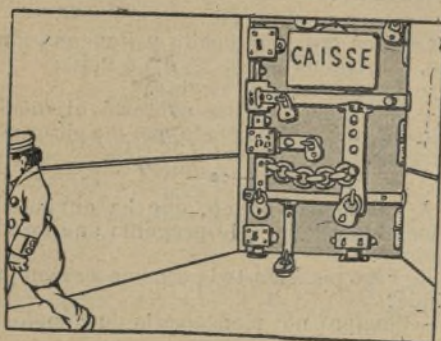
Todas las noches, al cerrar sus oficinas, D. Sempronio, acaudalado banquero, manda quitar el cartel indicador de la Caja, y lo hace colocar en el fondo de su establecimiento, en...



...pues cierta noche, confirmando sus temores, se introdujeron en las oficinas tres rateros, que en seguida pusieron a atacar la puerta cuyo dintel ostentaba el cartelón consabido; y después de haber fracturado veinte cerraduras, treinta candados, otros tantos cerrojos, tres cadenas y cinco barras de seguridad, tras diez horas de esfuerzos, por fin...



... hallaron dentro una peseta y un papel, que contenía estas palabras: «Como todo trabajo requiere salario, y suponiendo que estaréis muy acalorados después del que habéis llevado á efecto, me complazco en ofreceros estas diez perras para que echéis unas copas á mi salud.»



...una sólida y maciza puerta de roble, llena de cerraduras, candados, cadenas, cerrojos y barras de seguridad. Tras de lo cual, se va satisfecho y tranquilo, y con razón...



... la puerta les dió paso, y se encontraron... en la calle. En el mismo momento de abrirse, cayó de la parte superior del portón un cofrecillo que los chasqueados ladrones abrieron, y...



— Adolfo, ¿muerde ese conejillo?

Farsa de Circo



— Mientras aguardo la caza,
Puede que echase un bocado.



EL Oso. — ¡Pues yo también
Tengo un hambre de los diablos!



— ¡Pobre hombre! ¡Si habrá perdido
La cabeza el mentecato!



— ¡Un cerdo es cuanto me ha dejado mi tío! ¡A esto puede llamársele un legado
gordo y flaco á la vez!

Sobre el dinero no hay compañero.

—oo—

Una señora que, de algún tiempo á esta parte, debe á los progresos de la ciencia los esplendores de su belleza, tiene todavía algunos admiradores.

—Yo—dice uno de ellos—me casaría con esa mujer por sus condiciones físicas.

—¿Por sus condiciones físicas?—observa otro.—¿Querrá usted decir por sus condiciones químicas!

—oo—

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo.)

ENIGMA

De árbol, de libro, de espada,
Te sirvo con eminencia;
Hago, de árbol, tu morada,
De libro, te enseño ciencia,
Y esotra es defensa honrada.

ADIVINANZA

¿Qué cosa tiene el molino,
Precisa y no necesaria,
Que no molerá sin ella,
Y no le sirve de nada?

—oo—

CHARADA

Dos prima tercera cuarta
Es un TODO distinguido,
Mas prima cuarta; por ello
Y así exigirle el bolsillo,
Cuando me prima tercera,
Renunciaré á sus servicios.

—oo—

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

ENIGMA. — Dinero.

CHARADA. — Cámara.

ADIVINANZA. — La letra «a».

Imprenta de Henrie y C.^a en cta.—Barcelona



— ¡Verás qué buenol alzo el tubo
Y en este tronco lo planto.



Y luego, con mi cabeza,
Las provisiones me zampo.

EL PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

No emplééis
sino las **PLACAS**
y **PAPELES JOUGLA**

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA de

Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno. Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz. La Voluntad.

Antonio Zozaya. La Dictadora.

Timoteo Orbe. Guzmán el Bueno.

Dionisio Pérez. La Juncalera.

Rafael Altamira. Repose.

Pío Baroja. El Mayorazgo de Labraz.

Emilio Bobadilla (Fray Candil). Á fuego lento.

José del Cacho. Heces y Espumas.

Ernesto López (Claudio Frolo). Esa.

Arturo Campión. La Bella Esas.

Luis López Allué. La Enramada.

Ramiro de Maestre. La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores

BARCELONA

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

CALENDARIOS Y DIETARIOS 1904

Grandes tiradas en variedad de clases

HENRICH Y C.ª

LOS MESES

TEXTO de los Sres. Alarcón, Camarero, Cánovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrar, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestres, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NOVEA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — **BARCELONA**